

# Batallas y genealogías

Sara Poot Herrera

*Las obras de Margo Glantz y de José Emilio Pacheco ocupan un sitio privilegiado en nuestro patrimonio literario. La investigadora Sara Poot entabla un diálogo con *Las batallas en el desierto* y *Las genealogías*, para recordar y conservar un tiempo pleno de riqueza y sabiduría.*

“Anécdotas y recuento”<sup>1</sup> son las palabras con que Margo Glantz titula sus experiencias acerca de la persona de José Emilio Pacheco. Título recomendable para inmiscuirnos (in)discretamente (o no, que dichas palabras están publicadas desde hace cuatro años) en la historia de amistad literaria de dos escritores que, si bien los reúnen muchas coincidencias, la de este octubre de 2011 es la de haber publicado ambos una novela en 1981. Él —JEP—, *Las batallas en el desierto*;<sup>2</sup> ella —MG—, *Las genealogías*.<sup>3</sup> Y no sólo las publicaron hace treinta años sino que *Sábado*, suplemento cultural de *Uno más uno*, las dio a conocer antes de que Era y Martín Casillas las hicieran sendos libros.

Dicho suplemento sabatino nos recuerda a la vez a Fernando Benítez, quien el mismo año de 1981 publicó el tercer tomo de *La ciudad de México*. Ciudad de José Emilio Pacheco y de Margo Glantz, ciudad de “las batallas” y de “las genealogías”, ciudad de “lamentaciones y alabanzas”. Una y otra novela —de doce capítulos una y la otra de setenta y uno— son modelo de novela breve —sesenta y ocho páginas la de Pacheco— y de no-

vela autobiográfica —doscientas cuarenta y seis páginas la de Glantz. La voz de una Margo viajera —Coyoacán, Odesa, Acapulco, Leningrado— narra la inicial migración familiar y la constante migración domiciliar. La autobiografía pareciera que se hace a remo, anegando la historia familiar de geografía, bajo el cielo y sobre la laguna mexicana:

Llovía a cántaros en Tacuba y el lodo acumulado hedía. Nosotras pasábamos la calle sobre las espaldas del tamedme, pero entonces éramos más chicas, durante nuestra primera estancia en Tacuba, antes del Árbol de la Noche Triste, en el Golfo de Campeche, antes de que naciera Shulamis, cuando al olor del lodo se mezclaban el maravilloso aroma de los huele de noche y los ladridos de nuestro General (p. 192).

Bernal divisa a lo lejos, “síndrome de naufragios”, diluvios, lluvia de letras que no para, cayendo primero sobre el propio cuerpo, la historia familiar, la genialidad de la autobiografía.

Paralela e irónicamente José Emilio escribe la voz de su personaje que en voz perfecta e imperfecta (copretérita, pues) parte las aguas entre una mitad y la otra del siglo XX mexicano:

<sup>1</sup> Margo Glantz, “Anécdotas y recuentos”, *Revista de la Universidad de México*, número 45, 2007, 12-16.

<sup>2</sup> José Emilio Pacheco, *Las batallas en el desierto*, Era, México, 1981, (ese mismo año hubo una reimposición).

<sup>3</sup> Margo Glantz, *Las genealogías*, Martín Casillas, México, 1981.

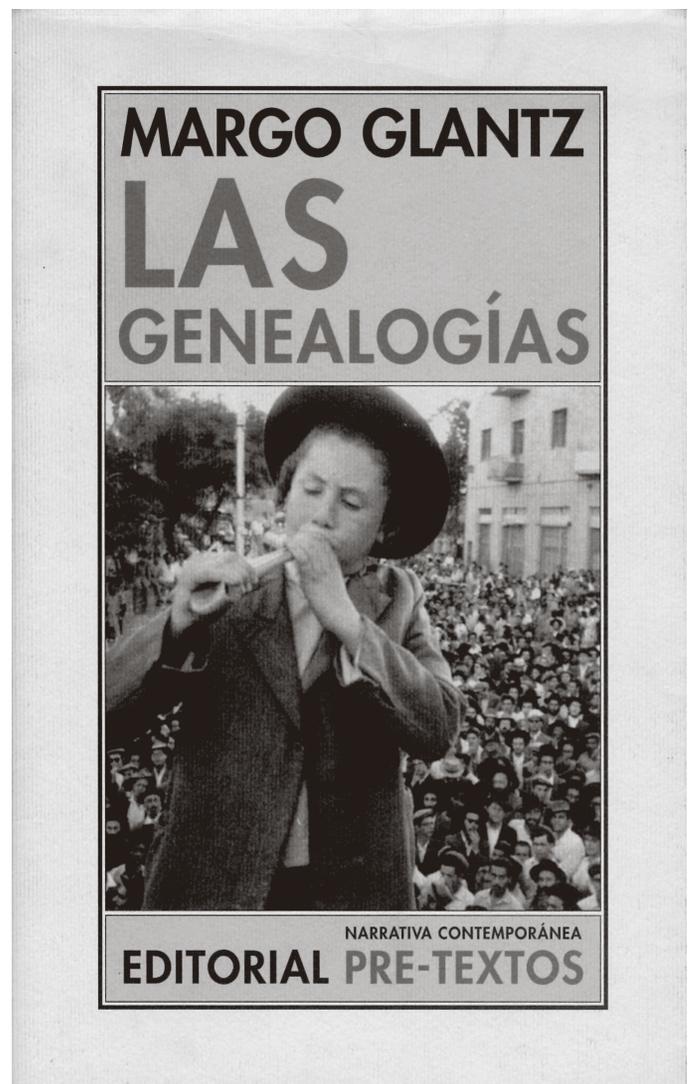
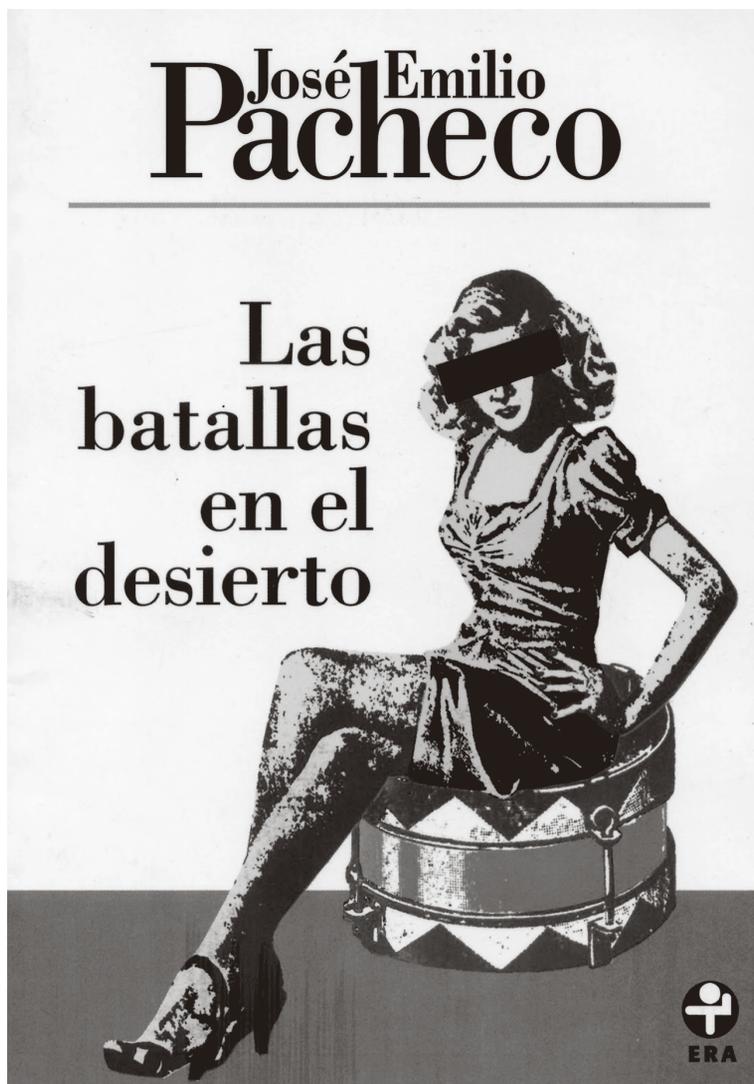
Mientras tanto nos modernizábamos, incorporábamos a nuestra habla términos que primero habían sonado como pochismos de las películas de Tin Tan y luego insensiblemente se mexicanizaban [...] La cocacola sepultaba las aguas frescas de jamaica, chía, limón [...]. Nuestros padres se habituaban al jaibol que en principio les supo a medicina. En mi casa está prohibido el tequila, le escuché decir a mi tío Julián. Yo nada más sirvo whisky a mis invitados. Hay que blanquear el gusto de los mexicanos (pp. 11-12).

El gusto mexicano (entre copas) ha vuelto a cambiar en los últimos años (ironía involuntaria del texto), pero de eso no vamos a hablar que todos lo saben sino (y todos lo saben también) que sólo comentaremos sucintamente que la brevedad de la novela (y la maestría de la brevedad) enfoca, con el recuerdo de su protagonista (“¿me acuerdo, no me acuerdo: qué año era aquél?”), el enamoramiento de Carlitos por Mariana (me detengo: no es lo mismo que un niño/adolescente se enamore de una mujer de veintiocho años a que un joven de veinticinco se enamore de una mujer de cuarenta; sólo habría que tener paciencia... para cumplirlos él y para esperarlos ella).

Si bien estas dos novelas “treintañeras” trazan el centro de la Ciudad de México (y de la colonia Roma a la calle del restaurante Carmel sólo hay unas cuadas; incluso son vecinas), una y otra son biombos literarios de “El mundo antiguo” capitalino. La de Margo Glantz es una saga familiar —compleja y mutante—, mientras que la de José Emilio Pacheco es un esguince de amor y que, a la vez, sacrifica a la bella Mariana, quien no sólo muere sino que cada vez va siendo mayor de edad conforme se reedita la novela. Es tal su transparencia, que el desierto es espejo del cielo y del mar, de allí su profundidad y trascendencia, su dejarse leer a cualquier edad, aun cuando la de la inocencia haya llegado a sus límites y comiencen en serio las batallas o cambien por otras tan serias como las primeras.

En estas breves líneas sólo me referiré (y más brevemente aún) a lo que Margo dice de José Emilio (hace tres días en el centro de la ciudad *Las genealogías* tuvo la exclusiva y hoy Margo hace presencia para homenajear a José Emilio, amigos desde que empezaron a crecer sus personajes y sus libros).

Y antes de los comentarios quisiera nombrar al menos otros títulos (tan sólo una pequeña muestra) también de 1981. Si de pares se trata, cito *Parejas* de Jaime



del Palacio; de Carlos Fuentes, *Agua quemada* (Fuentes da pie y tiene mano para citarlo cada año y a veces varias veces en un mismo año). De Gustavo Sainz, *Corazón de palabras* y de Vicente Leñero, *Cajón de sastre*. “Sonata a cuatro” es de Inés Arredondo, de Margarita Villaseñor, *El rito cotidiano* y de Esther Seligson, *Diálogos con el cuerpo* y *La morada en el tiempo*. Un libro más de 1981 es *El vino de los bravos* de Luis González de Alba y otro, *No habrá final feliz* de Paco Ignacio Taibo II.

No puedo dejar de mencionar a José Joaquín Blanco con su *Función de medianoche*, también de 1981 y de este autor novohispano de los siglos XX y XXI que mañana jueves será todo para él. Con tan sólo su título rubendariano *Las púberes canéforas* (1983) José Joaquín pasaría a la rotonda de los clásicos literarios mexicanos. ¡Y qué decir de los títulos de José Emilio Pacheco!, aunque él haya comentado alguna vez que el título es lo único bueno que tienen (“Si crees en mí suprime ese epigrama” [copiado de “Salón de Atenas: Respuesta a Minnermo”, de José Emilio Pacheco]).

Y me falta citar más títulos del no tan lejano 1981 (paréntesis: como le dije por larga distancia a Edith Negrán el domingo pasado mientras que Myriam Moscona y Margo paseaban en un elefante por el centro de la Ciudad de México, y cual “hijas del judío”, llegaban a la calle Justo Sierra para encontrarse con fantasmas de sus genealogías; y lo que le dije a Edith fue que si en 1950 se hablara de un libro de 1920, sonaría a una eternidad; en cambio, decir 1981 en 2011 pareciera que fue ayer...

Edith estuvo de acuerdo y a lo mejor ustedes también; yo sí estoy de acuerdo con Edith).

Un par de datos más y de 1981: fue el año en que Octavio Paz recibió el Premio Cervantes y el año también del guión cinematográfico *El testamento* de Josefina Vicens, quien nació hace cien años y fue, como José Emilio, vecina de la colonia Roma, donde “todo mundo” veía las muchas telenovelas que salieron ese mismo año.

Y de 1981 quiero citar tan sólo dos libros más, piezas fundamentales para hacer con *Las batallas en el desierto* y *Las genealogías*, un cuarteto perfecto de literatura y amistad: *Nocturno de Bujara* de Sergio Pitol y *Escenas de pudor y liviandad* de Carlos Monsiváis. ¿Y nada de Elena Poniatowska ese ochenta y uno? Parece que no, que *Fuerte es el silencio* es de 1980 y *El último guajolote* de 1982. De todos modos, es el quinteto perfecto de la amistad y la literatura.

A base de títulos, años y nombres podemos reunir coincidencias y amistades. De esto habla precisamente José Emilio Pacheco en una celebración de la Editorial Era (que en otro lugar he citado): “No nos unían contratos ni estrategias de promoción sino el resplandor de la amistad”. Es la amistad que pudimos observar hace unos años en la Universidad de Riverside cuando, invitados a un congreso de literatura mexicana por Kemy Oyarzún (estudiosa de la máquina de la guerra y de la máquina de coser de Nellie Campobello), íbamos Yvette Jiménez de Báez, Luzelena Gutiérrez de Velasco y yo a un lado (atrás más bien) de Carlos Monsiváis, Margo Glantz, Elena Poniatowska y José Emilio Pacheco. ¡Cómo nos esmeramos en nuestras ponencias (eran las primeras) Luzelena y yo (me parece que Yvette también aunque en su caso no lo necesitara) porque en el congreso iban a estar presentes los cuatro jinetes del apocalipsis y la apoteósica literatura mexicana. Pero resulta que ninguno nos escuchó. Me parece que fue la única vez que Elenita no estuvo de principio a fin en un congreso, y cómo iba a estar si seducida por Margo se fueron las dos a un centro comercial californiano y de culto al cuerpo.

Comenta Margo sobre esa ocasión: “No me acuerdo de las ponencias, pero tengo grabadas en la mente con mucha claridad algunas visitas a los *malls* con Elena Poniatowska y las comidas que hacíamos juntos en algún restaurante de libre servicio. José Emilio estaba a dieta y se servía cantidades fenomenales de ensalada, Elena y yo le tomábamos el pelo y nos reíamos mucho”. “Pero ya es hora de hablar verdaderamente de José Emilio”, dice Margo y ustedes estarán de acuerdo.

En sus “Anécdotas y recuento”, ella marca 1959 como el año que los amista. José Emilio la conquistó no sólo con sus libros (¡qué decir de *Morirás lejos!*) sino con sus dedicatorias personales escritas a mano y también con las impresas y a la vista de todos, de escritor a escri-



Margo Glantz fotografiada por Alina López-Cámara

tora, de lectora a lector. Afirma Margo Glantz: “Cuando leo y releo *Las batallas en el desierto* mi infancia y mi adolescencia concuerdan con las de José Emilio, a pesar de que él nació en 1939 y yo en 1930”. Que tire la primera piedra quien no haya leído y releído este caballito de batalla de José Emilio. Su transparencia y sencillez, con las imágenes que resultan de enumeraciones y descripciones recurrentes, nos hacen volver al desierto más visitado de la literatura mexicana.

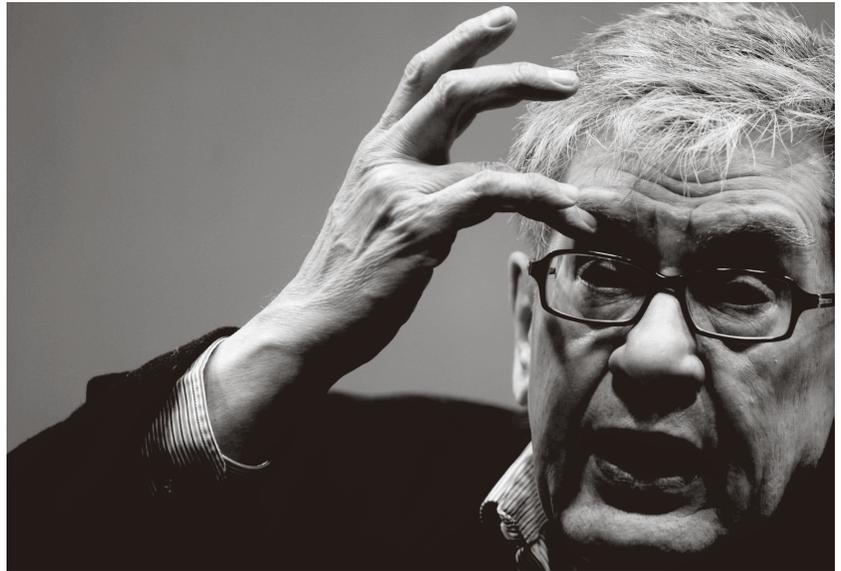
Y no sólo hay líneas directas entre uno y otro libro —Margo reconociéndose habitante del México de “las batallas”— sino que en plena nostalgia glantziana del capítulo LIX (59) de *Las genealogías* entran literalmente *Las batallas en el desierto*:

Pero mi amor propio interior llega al límite de la sobrevivencia cuando leo (de una sentada) *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco, publicado por la editorial Era (que nunca me quiere publicar mis propias batallas) [y] Sigo viajando por sus páginas [...], pero no me había dado cuenta de que ese pasado tan acariciado no sólo porque era una infancia, entonces no apreciada, lo era porque por encima de todo era un espacio geográfico llamado México, que terminó, pero para consolarme de nuevo [...] puedo terminar este texto como termina el suyo José Emilio: “de ese horror ¿quién puede tener nostalgia?” pero yo le agrego la interrogación (pp. 204-205).

Y añado otra interrogación: ¿Es “La ciudad que perdimos”, como la llama Benítez? “Se acabó la ciudad”, dice Carlos en *Las batallas en el desierto*; “una cierta ciudad hoy tan lejana”, dice Margo en *Las genealogías*. La brevísima historia de *Las batallas* es signo de aquel “mundo antiguo” y del México del siglo XXI. Coincido con Margo Glantz cuando dice que en esta novela

se muestran los cambios políticos fundamentales acaecidos en el país, cuando éste empezó a entrar imperceptiblemente en la etapa de modernización que desembocaría en lo que ahora llamamos globalización; además, la política de la corrupción que imperó en el sexenio de Miguel Alemán, política que de alguna manera nos ha conducido al país en que vivimos hoy.

Al leerla se nota visiblemente el germen y el proceso de descomposición del tejido social que, enfermo, se ha extendido a todo el cuerpo. La ilegalidad, la impunidad —la de arriba, la de abajo, la de los costados— corren paralelas a otras realidades que nos hacen decir (dentro y fuera de México) que también pasan otras cosas. Una de ellas es esta celebración a la ciudad literaria, al valor del niño que declaró su amor, ceremonia ya casi inexistente. Película, canciones, performances, lecturas y relecturas celebran *Las batallas en el desierto* que, co-



José Emilio Pacheco

mo *Las genealogías* de Margo Glantz, desde el primer día tuvieron la madurez de estos sus treinta años.

Y en verdad, ¿estamos en “Las ruinas de México” como dice el poema de Pacheco, el de la “Elegía del retorno”? “Words, words, words” dice la voz poética en “Hamletiana”, también de José Emilio; porque, y pese “el blablablá interminable” (de “Hamletiana”), es la de México la *Ciudad de la memoria*, que hermana a estas dos novelas de escritores que, aunque decimonónicos en preferencias literarias y folletinescos ellos mismos, son “vigésimos” y con Neruda “piden piedad para este siglo”.<sup>4</sup>

Margo, desde sus genealogías, y José Emilio, desde sus inventarios, son hijos dilectos de su ciudad, de la esquina de Tres Cruces en Coyoacán; de Reynosa 63, esquina con Choapan (sí, atrás de la Bella Época y de la Librería Rosario Castellanos). A la primera edición de *Las genealogías* la acompañaron fotos; a la edición conmemorativa de *Las batallas en el desierto*, fotos también. Fotos que, como dice la joven y talentosa lectura de Álvaro Ruiz Rodilla, son “otro triunfo de la luz”.<sup>5</sup> Ruiz Rodilla se refiere a José Emilio Pacheco y a Nacho López, y encantado extendería la luz a Margo Glantz para que no brille lejos y sola como estrella sino que entrelace su luz genealógica a la luz de las letras y las imágenes de José Emilio, el escritor, y de Nacho, el fotógrafo de *Las batallas en el desierto*.

Es y no es la de ellos la Ciudad de México de José María Marroquín. Sí y no la de la *Grandeza mexicana* de Balbuena. No y sí la de Fernando Benítez. Tiene huellas de la de Novo y para siempre jamás la transparente de Carlos Fuentes. DF para Margo Glantz; Ciudad de México para José Emilio, quien dice que “El tiempo no pasó:/Aquí está”. ■

<sup>4</sup> “Los vigésimos”, también de José Emilio Pacheco.

<sup>5</sup> <http://registropersonal.nexos.com.mx/?p=2194>